

liera como fiero leon de su madriguera cayendo sobre la ciudad desapercibida para saciarse en sangre, no causa tantos estragos en la sociedad como la lujuria en los hombres. Da compasion el contemplarlo; no hay tó-sigo tan cruel como el de la lujuria, porque aquél devora en un instante nuestros dias, y ésta no lo hace sino á fuerza de dolores lentos, prolongados y furiosos. La ingeniosa barbárie de los tiranos para prolongar la vida de los mártires entre torturas, es apénas comparable con el cruelísimo martirio á que el lujurioso se condena.

Quisiera yo, amados mios, que mi corazon se os patentizase, para que viérais impresos en Él los sentimientos que abriga al decir estas verdades; «os amó á todos; os amó como un hermano; os deseo todo bien, y quisiera haceros felices en la tierra misma, que no es el teatro de las dichas, sino el valle de lágrimas. ¿No veis lo que sucede á los que se arrojan en el cieno de la deshonestidad? Han pasado su infancia y niñez entre placeres inocentes, cuyo resultado ha sido una robustez atlética, una fuerza capaz de disputarse en el campo del honor hasta con un gigante; mas, desarrolláronse las pasiones, dióse pábulo al fuego de la impureza; convirtióse el hombre racional, como se explica un profeta, en caballo que velozmente corre á donde lo arrastra su apetito, y empieza entónces á labrarse gradualmente su ruina. Mirad esa frente llena de arrugas, sin haber todavía franqueado la edad florida; esos ojos, llenos ántes de expresion y viveza, se han vestido de morbidez, sirviéndoles los párpados de sepulcro; aquellas mejillas enjutas, aquellos lábios, aquellos hábitos infectos, no son más que los signos aparentes de una enfermedad oculta que corroe las entrañas. ¡Ay! ¿Por qué nuestros hospitales están siempre infestados de tantas víctimas de la desesperacion? ¿Por qué se paraliza tantas veces la ciencia médica, sin poder descifrar algunas enfermedades? ¿Por qué la caritativa

cuchilla tiene que cortar á cada paso el cuerpo humano y arrojar á los gusanos de la tumba parte de la habitacion del espíritu racional? ¿Por qué? Porque la lujuria lo ha estragado; el alma, por muchas que hayan sido las impurezas cometidas, por mucho que se haya revolcado en la inmundicia, se ha acordado que es espíritu, se ha avergonzado de animar la podre, y se ha retirado; ha ido huyendo de la suciedad con más velocidad que el blanco armiño huye del lodo por no tizar su natural candor.

Al llegar á este punto, no es justo que hable la razon, ni la autoridad, ni la filosofía; los hechos están gritando y convenciendo. ¡Atencion, jóvenes incautos! ¡Silencio, pasiones desarregladas, placeres que pasásteis en un momento! ¡Silencio, pues va á dejarse ver una escena espantosa, pero interesante é instructiva! Abrid vuestras puertas, monumentos de la caridad cristiana, que entre vuestros muros encerrais á las víctimas del impudor. ¡Ay! ¡Qué horror! ¡Cuánto lecho de muerte! ¡Cuántas criaturas desgraciadas! Sus rostros se encuentran horriblemente desfigurados; apénas les queda más que los huesos y la piel. ¡Tristes espectros animados! ¿Habráis creído que viérais realizada en vosotros la verdad de las profecías divinas? ¿Pensásteis alguna vez que vuestras prostituciones tendrían esta recompensa en este mundo? ¿Imaginásteis, por ventura, que os labrábais un infierno cuando entrábais en las orgías? ¡Oh! Todo es horrible en este cuadro. Allí, aprovechándose uno de la corta ausencia del amigo de la humanidad, ha enterrado el acero en su pecho palpitante; aquí se oyen los rugidos del dolor que se desahoga en imprecaciones; en otra parte...; pero, sería yo cruel para con vosotros si continuase delineando. ¡Dios santo! Yo os adoro y bendigo; nada de cuanto acaece al hombre lujurioso le es desconocido; Vos lo habeis dicho para nuestra instruccion; nos avisas

en la Sabiduría que no demos nuestro honor á las mujeres, ni nuestros años á la cruel ramera; pues de lo contrario, pasarán nuestras riquezas á casa ajena, y nos desesperaremos al fin, viendo nuestras carnes devoradas por el vicio. *Nedes honorem*, etc. ¡Oh razon humana! Tú misma nos enseñas esta verdad, y no puedes desentenderte de ella por más que quieras materializarte en los placeres. En tiempo de la civilizacion del Evangelio, dijera Eusebio «que la lujuria denigra la fama, destruye la hacienda y enerva el cuerpo,» y no tuvo necesidad de registrar este documento en las páginas sagradas. Lo habia enseñado ya Plutarco; lo sabia la Grecia; no lo ignoraba Roma, pues mandó que en los átrios de Venus y en los vestíbulos de todos sus templos se colocasen palas, azadones, féretros, mortajas y osamentas, para que nadie ignorase que á la prostitucion se sigue la enfermedad, el dolor, la desesperacion y la muerte.

Si fuéramos nosotros tan poco ilustrados como los paganos, yo sería de parecer que estos emblemas lúgubres se fijasen en todas nuestras calles, para enseñar á los hombres lo que se les reserva despues de sus deshonestidades. Pero no se han hecho tales emblemas para nosotros; somos ilustrados, y sabemos que la lujuria destruye nuestro honor, nuestras riquezas y nuestra vida, labrándonos aquí un infierno, castigo condigno al pecado que cometemos contra la sociedad y contra nosotros mismos: somos cristianos, y estamos convencidos que ni los fornicarios ni los adúlteros han de poseer el reino de Dios.

¡Quiera Dios que, avisados con las palabras divinas, evitemos los males anejos en este mundo á la vida impúdica, y guardemos nuestros cuerpos sin corrupcion, para que puedan entrar un dia triunfantes y gloriosos en la pátria celestial! Amen.

SERMON

SOBRE LA CASTIDAD.

Timidis autem et fornicatoribus et idolatris... pars illorum erit in stagno ardenti igne et sulphure; quod est secunda mors.

Mas á los cobardes y fornicarios é idólatras, la parte de ellos será el lago que arde en fuego y azufre, que es la segunda muerte.

(APOCALIP., cap. XXI, vers. 8.)

Si el hombre no tuviese más que la vida animal; si su existencia estuviese limitada al corto círculo del tiempo presente, sería disculpable en sus excesos. ¿Qué digo? Entónces no habria mérito ó demérito en sus obras; pues Dios no le hubiera dado racionalidad ni libertad, como hizo con los brutos, y por consiguiente no era capaz de culpabilidad alguna. Mas no es el tiempo presente lo que constituye la vida humana; esperamos otra vida más noble y duradera, y el primer vagido de nuestra infancia es el testimonio irrefragable de que vamos á emprender una carrera que nos desagrada por tener que sufrir grandes trabajos, cuando estamos destinados á ser inmortales en otra region de paz y de felicidad. Sí: la misma forma humana lleva impreso en sí este dogma de la Religion, como el carácter noble y distintivo de la humanidad; pues miéntras los otros animales viven mirando siempre á la tierra como á su único fin, el hombre, este rey del mundo terrenal, recibiera de Dios un cuerpo distinguido, frente augusta, labios elocuentes, ojos sublimes para di-